

FENOMENOLOGÍA DE «LA PERSONA» Y DEL «PERSONAJE» EN LA VIDA DIARÍA.

Autor: Emilio Ginés Morales Cañavate.

Pedagogical director of the Escuela Internacional de Psicomotricidad (EIPS)

Member of the Sociedad Fenomenológica Española. (SEFE)

La pregunta sobre la consciencia verdadera

La consciencia es la capacidad del ser humano para percibir la realidad y reconocerse en ella. En el transcurso de nuestra vida ordinaria se plantea la cuestión: ¿qué elegimos: La «consciencia» como espectáculo de representaciones o como el arte de percibir «la certeza de mi para mí»? (Cfr. Merleau-Ponty, M. 2010.:9)?

Consciencia que es continuidad vital.

Consciencia que es vínculo con el mundo (Cfr. Merleau-Ponty, M. 2010: 9).

Consciencia que vive integrada en el cuerpo como afirmación de identidad y posibilidad de diversidad al mismo tiempo.

Consciencia que deconstruye y construye para experimentar el placer de innovar.

Consciencia inmediata que une «hacer» y «pensar» en una misma acción.

Esta consciencia es la vida misma, no una construcción teórica. Se forma gracias a su potencialidad creadora la cual es un despliegue sensible y continuo de intuición. La energía del hombre y mujer en esta consciencia inmediata e intuitiva se expande por el universo en mil modos posibles:

Biológicos a través de hijos e hijas concebidos en el deseo y el amor.

Éticos con una convivencia protectora del medio.

Sociales, económicos y políticos impulsando dinamismo a las instituciones.

Culturales y artísticos a través del crecimiento interior que dan las artes.

El fenómeno de una verdadera consciencia se funda por lo tanto en reconocerse «persona» libre antes que un «personaje» manipulado. Esto requiere dar el salto desde la «apariencia» a la «existencia creadora» como hombres y mujeres libres para actuar, con capacidad de elegir y con valores éticos basados en la libertad y en un futuro en continua relación creadora.

Del mismo modo que el bebé al esbozar una sonrisa contacta directamente con la sensibilidad del adulto provocando la creación espontánea de su sonrisa que se proyecta hacia un futuro de vida mutua.

La consciencia, como el yo, no es una cosa que la persona tiene, no la determina ni la representa, porque no es algo «ya hecho», sino que se hace al vivir. No hay consciencia sin vida ni vida sin consciencia (Worms, F. 2010:249).

Persona y personaje

Como afirman tanto Bergson como Merleau-Ponty el carácter de la acción vital es indeterminado, por lo tanto, el sujeto puede actuar con libertad y crearse una personalidad propia o puede conformarse con imitar modelos estereotipados que le indican como actuar.

La persona libre posee un «yo» de diferentes cualidades:

Un yo implicado con la vida.

Un yo que se siente real.

Un yo que no está aislado (Cfr. Merleau-Ponty, M. 2010:48).

Un yo desplegado en el espacio humano (Ibidem).

Un yo que se abre a la imaginación.

Este «yo libre» hace al individuo «persona» y precisa del impulso del juego intuitivo e innovador. El «personaje», por el contrario, precisa conocer exactamente el escenario en el que se mueven sus percepciones, las acciones pierden su carácter indeterminado y se adaptan a lo que requiere el guión social. Entonces el juego creador, renovador del conocimiento, intelectual, moral y cultural, se ve limitado por reglas estrictas de actuación que dejan poco espacio para un tiempo nuevo.

Por ejemplo, las personas que poseen una sensibilidad perceptiva ampliada, propia de los artistas, no se atienen a lo que las normas sociales esperan de ellos por su edad o condición. Una persona con energía creadora no posee, como el personaje, una percepción debilitada, sino que siente, por el contrario, que sus percepciones se encuentran dotadas de una gran vivacidad sensoriomotriz. La fuerza perceptiva de la persona se dispone a descubrir un mundo más estimulante.

Por el contrario, la persona que actúa como un «personaje» construye un ser falso sumiso para protegerse así del sufrimiento que implica el riesgo de vivir. El personaje castiga a su verdadero yo de cara a la pared como los presos de la caverna de Platón.

El Personaje...

Amolda la realidad a sus ideas.
Por su baja autoestima vive bajo un constante sentimiento de culpa que le hace decir: ¡No puedo! ¡No sé!
Tiende a justificar todo lo que hace con explicaciones constantes.
Contagiado por la prohibición y restricción social, su palabra preferida, para sí mismo y para los otros, es “No”.
Posee una constante inseguridad a actuar autónomamente por lo que prefiere la posición horizontal y pasiva.
Imita modelos ya hechos.
Solicita la mirada del otro como efecto de su vanidad.
Ajeno a su cuerpo, se vive extraño en él, no lo habita.
Divide la continuidad vital en espacios y tiempos hechos.
Teme al compromiso.
Sabe que las máscaras dan miedo, son incómodas, ocultan el movimiento espontáneo de la persona, pero son preferidas pues hacen pasar desapercibido al «yo» auténtico.

La persona...

Amolda sus ideas a la realidad.
Elige sin miedo aquella dirección que considera mejor para su evolución creadora.
Confía en el ensayo y el error, así como en el principio de orden dentro del caos.
Juega y se arriesga a perder o a ganar, apuesta al «sí» de la transformación.
Prefiere la verticalidad que amplía el espectro perceptivo y agranda el horizonte de posibilidades.
Posee un «niño interior» del que emanan nuevos campos perceptivos.
Busca el mirar de aquellos que participan de su interés social.
Siente que su cuerpo es su casa originaria, lo construye y lo habita para así poder tener un lugar en el mundo.
Considera el espacio y el tiempo de vida como una apertura a lo nuevo.
Integra los aspectos masculinos de lucha con los femeninos de creatividad, juego, imaginación y empatía.
Sostiene su verdadero «yo» a pesar del cansancio que esto supone.

En resumen, podemos decir que el «personaje» no quiere escuchar, no quiere ver y solo ve lo que el texto le indica, restringe el campo de visión de los fenómenos, ya sea por automatismo o distracción, a la superficialidad, mientras que la «persona» amplía constantemente el horizonte de los fenómenos que vive (cfr. Bergson, H. 2002: 480).

La personalidad fenomenológica.

Los fenómenos no son entonces una imagen objetiva, una fotografía instantánea, sino un tejido de percepciones que toca nuestro cuerpo y nos conmueve sensiblemente.

«Un cuerpo que hace posible el fenómeno de la expresión formando un tejido común con los otros y con los objetos, sintiéndose tocado de un lado y de otro por una sensoriomotricidad que sirve como instrumento general de comprensión». (Cfr. Ponty, M. 2010:281)

La personalidad como fenómeno originario y central no se fundamenta en una consciencia funcional o pragmática sino en su carnalidad innovadora siempre en proceso vivo de crecimiento sensible.

El personaje se define, por lo tanto, por poseer una «personalidad fantasmática» que no tiene consciencia de vivir en un cuerpo real y sensible abierto a las relaciones. Por el contrario la persona se define por su «personalidad encarnada» poseedora de una fuerza que invita a vivir cada momento como un gesto único e irrepetible.

Finalmente la personalidad se define como fenómeno cuando no es un conjunto de movimientos y gestos automáticos, sino cuando la persona se siente libre para actuar en vez de tener que imitar modelos convencionales. Una persona que se siente viva en sus percepciones.

Cada percepción es personal e irreversible, toda percepción estática es un corte en el flujo vital porque los fenómenos son siempre nuevos y nunca absolutos (Cfr. Merleau-Ponty, M. 2010:67). La verdad de los fenómenos está en cómo los hombres los viven, en su experiencia, y no en la materialidad objetiva con que estos se representan a través de imágenes o símbolos convenidos socialmente. Confundir el fenómeno, por ejemplo de existir, con un hábito que se repite automáticamente es ridículo porque existir es vivir en el momento, en continua transición de relaciones.

El ser humano ha de aprender a elegir a ser persona o personaje, sentir su cuerpo activo inmerso en el juego creativo de la vida o por el contrario enajenado en la rutina diaria. La fenomenología desaprueba un cuerpo que muere en el movimiento monótono como el mecanismo de un reloj sumido en su ocupación mecánica.

Es estéril para la fenomenología un fenomenólogo que solo hace teorías de lo que percibe y no se pregunta por cómo su sensibilidad es afectada por ello. El fenomenólogo, al igual que la persona, ha de redescubrirse como experiencia y salir de su rutina objetivadora; ha de ser capaz de presenciar los fenómenos en una «proximidad-distancia» que no le separe de la vida.

Del mismo modo el individuo inmaduro, es decir el personaje, se aísla detrás de su rutina diaria y su vida psíquica interior se empobrece, se siente inquieto y angustiado sin saber por qué, como si su vida estuviera detenida, igual que le sucede a la relación entre su *psique* y su *soma*. Es como si este individuo tuviera una existencia falsa, un alma carente de cuerpo.

La persona madura abarca, por el contrario, cada vez más los fenómenos, los siente en los tejidos de su cuerpo y en la acción de las funciones corporales incluyendo la del corazón y la de la respiración (Cfr Winnicott, DW. 1975: 169-190). La persona trata de comunicarse con su ser verdadero que es sensoriomotriz y siente en su carne los fenómenos.

Del mismo modo el fenomenólogo se siente impresionado por sus percepciones corporales y trata de comprender los profundos estados de alma a donde aquellas le llevan, su flexibilidad y variabilidad muestran la ilimitada realidad que él siente y que enriquece su comprensión más allá del conocimiento teórico.

La consciencia es entonces, antes que cualquier otra cosa, «experiencia» que no está «al lado de» sino «con» el cuerpo, el mundo y los demás.

En resumen podríamos decir que mientras que el personaje actúa encerrado en un teatro muerto y dentro de un guión anclado al eterno retorno, la persona actúa en un teatro viviente cuyo guión se abre al eterno devenir.

▪ Bibliografía

Artaud, A. (1978) *El teatro y su doble*. Pocket-edhasa.

Bergson, H. (2001). *Ouvre*. PUF. Paris.

- _ « Essai sur les donnes immédiates de la conscience » pp.3-151
- _ « Matière et mémoire » pp.161-356.
- _ « *Le rire* » pp. 383-483
- _ « L'évolution créatrice » pp. 487-802
- _ « L'énergie spirituelle » pp. 813-971
- _ « Le pensée et le mouvant ». pp.1251-1477
- _ « Introduction à la métaphysique » pp.1392-1431.
- _ « les deux sources de la morale et de la religion ». pp. 980-1241.

Traducciones:

- _ (1973) *La evolución creadora*. Espasa- Calpe. Madrid.
- _ (2006) *Ensayo sobre los datos inmediatos de la consciencia*. Ediciones Sígueme. Salamanca.
- _ (2004) *Introducción a la metafísica*. Porrúa. México.
- _ (2006) *Materia y memoria*. Cactus. México.
- _ (2012) *La energía espiritual*. Cactus. Argentina.
- _ (2013) *El pensamiento y lo moviente*. Cactus. Argentina.
- _ (2004) *La risa*. Porrúa. México
- _ (1947). *Las dos fuentes de la moral y la religión*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires.

García Morente, M. «La filosofía de Bergson» (2004) En *Introducción a la metafísica*. Porrúa. México. pp. IX-LXXIV

Gilson, E.

- _ (2005) *El ser y los filósofos*. Eunsa. Pamplona.

Gouhier, H. (1989) *Bergson dans l'histoire de la pensée occidentale*. Vrin,

Husserl, E. (1992) *Invitación a la fenomenología*. Paidós. México.

Izuzquiza, I. (1986) *Henri Bergson. La arquitectura del deseo*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.

Merleau-Ponty. (2010). *Phénoménologie de la perception*. Gallimard.Paris.

Merleau-Ponty, M. (1960) *Signes*. Gallimard. París.

Merleau-Ponty, M (2006) *la unión del alma y el cuerpo en Malabranche, Biran y Bergson*. Encuentros. Madrid.

Merleau-Ponty, M (2006) *le visible et l'invisible*. Gallimard. Paris.

Morales Cañavate, E. G. (2017) *El saber del cuerpo: manual de psicomotricidad*. Escuela internacional de psicomotricidad. Madrid.

Winnicott, D.W. (1975) *The maturational Processes and the facilitating environment* . Trd: *El proceso de maduración en el niño. Estudios para el desarrollo de una teoría emocional*. Editorial Laia. Barcelona.

Worms, F.

_Worms, F. (2004) *Bergson ou les deux sens de la vie*. PUF. Paris

_Worms, F. (2010) «Bergson between Phenomenology and Metaphysics» En *Bergson and Phenomenology* (2010). Michel Kelly (edit.). Palgrave Macmillan. Pp.245-258